

## VIAJE VIGÉSIMO QUINTO

Una de las principales rutas de cohetes en la constelación de la Osa Mayor es la que enlaza el planeta Mutria con el Látrida. Su recorrido da un rodeo para evitar Tairia, un globo pedregoso que tiene pésima fama entre los viajeros a causa de las masas de enormes pedruscos que giran a su alrededor. Aquella región es una imagen escalofriante del caos primario y del horror; el disco del planeta apenas se divide entre unas nubes de piedra que retumban continuamente con llamas y estruendos de choques entre las rocas.

Hace unos años, los pilotos de las naves en curso entre Mutria y Látrida empezaron a hablar de unos seres monstruosos que emergían bruscamente de la polvareda que oculta Tairia, atacaban los cohetes, los envolvían en largos tentáculos e intentaban arrastrarlos a sus tenebrosas moradas. Por el momento, todo esto terminaba sin mayores consecuencias que un gran susto de los pasajeros. Poco tiempo después corrió la noticia de que aquellos seres habían atacado a un viajero que paseaba después de comer, metido en su escafandra, por el exterior del cohete.

Había mucha exageración en este relato, ya que el viajero (un buen amigo mío) había vertido una taza de té sobre su escafandra y la sacó por la escotilla para que se secase; en aquel momento llegaron volando unos seres extraños, ondulantes como lianas, y huyeron inmediatamente llevándose la escafandra.

Así las cosas, tanta inquietud se adueñó de los planetas circundantes que fue designada una comisión especial para investigar en los alrededores de Tairia. Entre sus miembros hubo quien mantenía que había vislumbrado en las profundidades de las nubes del planeta a unos animales rarísimos, parecidos a serpientes o pulpos, pero sus aseveraciones no fueron confirmadas. Al cabo de un mes la expedición, sin haberse atrevido a penetrar en las tormentosas regiones de las nubes pétreas de Tairia, volvió a Látrida sin resultados, igual que otras organizadas más tarde.

Finalmente, un conocido trampero estelar, el valiente Ao Murbras, se fue a Tairia solo, llevándose los perros equipados con escafandras para dar caza a los enigmáticos piratas del aire. Volvió al cabo de cinco días solo, mortalmente cansado. Según su relato, en las cercanías de Tairia emergieron repentinamente de las nubes de polvo cantidades de seres vivos que les envolvieron en sus tentáculos a él y a los perros. El heroico cazador sacó un cuchillo y, propinando cuchilladas a ciegas, logró liberarse del abrazo mortal, pero no pudo salvar a los perros, que, por desgracia, sucumbieron. La escafandra de Murbras mostraba huellas de lucha por fuera y por dentro y algunos trozos adheridos a la tela de una especie de fibrosos tallos verdes. Después de examinar minuciosamente aquellos restos, la Docta Academia de Ciencias dictaminó que eran fragmentos de un organismo pluricelular, bien conocido en la Tierra bajo el nombre de *Solanum tuberosum*, especie de tubérculos caulinares, originados en los estolones por engrosamiento de entrenudos del segmento subterráneo, y con la parte verde aérea que se marchita al madurar los tubérculos. Dicha especie fue traída de América a Europa por los españoles en el siglo XVI. La noticia causó una gran excitación, que llegó al paroxismo cuando alguien tradujo los términos científicos al lenguaje corriente, descubriéndose que Murbras había traído sobre su escafandra ¡trozos de tallos verdes de patata!

El insigne cazador planetario, herido en lo más hondo de su orgullo por la insinuación de que había luchado cuatro horas contra patatas, exigió que la Academia desmintiera esta vil calumnia; pero los científicos manifestaron que no podían revocar ni una palabra de su dictamen. El asunto originó una conmoción general. Surgieron dos partidos, los patatistas y los antipatatistas, que se adueñaron primero de la Osa Menor, seguida por la Mayor, los adversarios se insultaban mutuamente de la peor manera. Sin embargo, esto no era nada, comparado con lo que ocurrió cuando en la contienda tomaron parte los filósofos. De Inglaterra, Francia, Australia, Canadá y Estados Unidos llegaron los más relevantes teóricos del conocimiento y los representantes de la razón pura. Los resultados de sus debates fueron realmente sorprendentes.

Una vez bien estudiada la cuestión los fisicalistas determinaron que, cuando se movían dos cuerpos,  $A$  y  $B$ , era puramente opcional el decir que  $A$  se movía con relación a  $B$ , o  $B$  con relación a  $A$ . Puesto que el movimiento era relativo, lo mismo daba opinar que el hombre se movía relativamente a la patata, o la patata relativamente al hombre. Así pues, la pregunta de si las patatas podían moverse carecía de sentido, siendo todo el problema aparente, o sea, inexistente.

Los semánticos adujeron que todo dependía de la manera de entender las palabras «patata», «es» y «móvil». Puesto que la clave residía en la partícula operacional «es», se le debía estudiar muy a fondo. Acto seguido procedieron a la confección de una Enciclopedia Cósmica de Semiología, dedicando los cuatro primeros volúmenes a investigar el significado operacional de la palabra «es».

Los neopositivistas llegaron a la conclusión de que directamente no nos son dados manojos de patatas, sino manojos de impresiones sensoriales; a continuación crearon unos símbolos lógicos que significaban «manejo de impresiones» y «manejo de patatas», compusieron fórmulas de cálculo a base de signos algebraicos y, después de gastar océanos de tinta, obtuvieron el resultado matemáticamente correcto y situado por encima de cualquier duda, de que  $0 = 0$ .

Los tomistas manifestaron que Dios había creado las leyes de la naturaleza para poder hacer milagros, ya que el milagro es el quebrantamiento de una ley natural, y donde no hay leyes, no hay nada para quebrantar. En el caso referido, las patatas se movían si ésta era la voluntad del Señor. Por otra parte, podía ser también una treta de los malditos materialistas, que hacían todo lo posible para desacreditar a la Iglesia; había, pues, que esperar el fallo del Supremo Colegio Vaticano.

Los neokantianos proclamaron que los objetos eran creaciones del espíritu y no cosas conocibles; si una mente elabora la idea de una patata dotada de movimiento, la patata móvil existirá. Sin embargo, incluso eso sería sólo una conclusión superficial, ya que nuestro espíritu era tan inconocible como sus proyecciones; así pues, no se podía estar seguro de nada.

Los holistas-pluralistas-behavioristas-fisicalistas manifestaron que, según las enseñanzas de la física, la regularidad en la naturaleza tenía únicamente un carácter estadístico. Igual que no se podía prever con una exactitud absoluta el camino de un electrón aislado, tampoco se sabía con certeza cómo se comportaría una patata aislada. La experiencia nos dice que el ser humano peló millones de veces las patatas, pero era forzoso admitir la posibilidad de que en un caso entre millones, las patatas pelarían al ser humano.

El profesor Urlipán, un pensador solitario de la escuela de Russel y Reichenbach, sometió todas estas proposiciones a una crítica despiadada. Según él, el ser humano no percibía impresiones sensoriales, ya que nadie veía la impresión sensorial de una mesa, sino la mesa misma; puesto que,

por otra parte, se sabía que del mundo exterior no se sabía nada, no existían, por tanto, ni cosas exteriores ni impresiones sensoriales. «No hay nada —proclamaba el profesor Urlipán—. Y si alguien opina lo contrario comete un error». Por consiguiente, no se podía decir nada acerca de las patatas, pero a causa de razones muy distintas de las aducidas por los neokantianos.

Mientras Urlipán trabajaba afanosamente sin salir de la casa asediada por los antipatatistas, que le esperaban con montones de patatas podridas (a esto llegó la obcecación pasional de todos los cerebros), entró en escena, mejor dicho, desembarcó en Látrida, el profesor Tarantoga. Haciendo caso omiso de las estériles discusiones, el gran especialista optó por descifrar el misterio *sine ira et studio*, como corresponde a un verdadero científico. El primer paso de su investigación fue la visita a los planetas circundantes, donde buscó información indagando entre los habitantes. De este modo supo que los seres misteriosos eran conocidos bajo los nombres de papas, criadillas, batatas, tubérculos, trunfas, gepas, *pommes de terre*, *potatoes*, *kartoffen*... Eso le intrigó mucho, ya que según pudo comprobar en los diccionarios, todas estas palabras eran sinónimos de la vulgar patata.

Con una determinación digna de ser admirada, con una dedicación incansable, Tarantoga iba desentrañando el enigma con tanto éxito que ya al cabo de cinco años pudo formular una teoría que lo aclaraba todo:

Tiempo atrás, en la región de Tairia chocó con un arrecife de meteoritos una nave cargada de patatas para los colonizadores de Látrida. El impacto agujereó la nave y toda la carga se desparramó por los contornos. Los cohetes de emergencia desprendieron la nave del arrecife, la remolcaron a Látrida y el asunto cayó en el olvido. Mientras tanto, las patatas que habían caído sobre la superficie de Tairia brotaron y empezaron a crecer a pesar de que las condiciones de su existencia eran extremadamente duras: los fragmentos de piedra que les caían encima rompían los tallos tiernos e incluso aplastaban a veces plantas enteras. En consecuencia, sólo se salvaron las patatas más prudentes, que sabían encontrar un refugio. La nueva raza de patatas listas, creada de este modo, se desarrollaba cada vez más profusamente. Después de varias generaciones, las patatas se hartaron de la vida sedentaria, se desenterraron solas y adoptaron el modo de vida nómada, perdiendo al mismo tiempo toda la mansedumbre y pasividad propias de las patatas terrestres, domesticadas por el cariñoso desvelo y buen cultivo que les daban los seres humanos. Las de Tairia, volviéndose cada vez más salvajes, terminaron por convertirse en fieras rapaces. Si pensamos en la historia de su origen, veremos que la cosa tiene una profunda base lógica. Como sabemos, la patata, *solanum tuberosum*, pertenece a la familia de las *dulcamara (Solanaceae)*, en parte venenosa (belladona), y el veneno, una vez libre de cuidados adecuados, puede trastornar completamente una planta antes benigna. Este precisamente fue el caso de las patatas de Tairia. Cuando el espacio vital en el planeta les resultó escaso, sobrevino una nueva crisis; la generación joven ardía en deseos de actividad, ansiando hacer cosas extraordinarias, completamente inéditas en el mundo vegetal. Volviendo los tallos hacia el cielo, advirtieron en él las masas de rocas voladoras y tomaron la decisión de establecerse en ellas.

Sería demasiado extenso mi relato si me propusiera resumir aquí toda la teoría del profesor Tarantoga que nos explica cómo las patatas aprendieron a volar agitando las hojas, cómo se elevaron por encima de los límites de la atmósfera de Tairia para aposentarse al final sobre las rocas que giran alrededor del planeta. En todo caso, su cometido fue facilitado por el hecho de que, al

conservar la transmutación de materia de los vegetales, podían permanecer bastante tiempo en el vacío sin oxígeno, sacando la energía vital de los rayos solares. Finalmente, llevaron a tal extremo su atrevimiento, que empezaron a asaltar los cohetes que pasaban cerca del planeta.

Cualquier investigador que no fuera Tarantoga hubiera publicado esta hipótesis brillante y se hubiera dormido sobre sus laureles; pero el profesor había jurado no descansar antes de haber atrapado al menos una patata rapaz.

Así pues, a continuación de la solución teórica del problema, vino el turno a la explicación práctica, no menos difícil. Se sabía que las patatas se agazapaban en las grietas de los peñascos; penetrar para buscarlas en el laberinto móvil de rocas voladoras sería un verdadero suicidio. Por otra parte, Tarantoga no se proponía matar una patata a tiros; quería conseguir un ejemplar vivo, lleno de fuerza y salud. Durante un tiempo pensó en la caza al ojeo, pero abandonó la idea por no encontrarla satisfactoria y adoptó una nueva que iba a dar gran fama a su nombre, la de la caza con cebo. A este fin compró en una tienda de material escolar el mayor globo celeste que existía, una preciosa bola bien barnizada de seis metros de diámetro. Adquirió también grandes cantidades de miel, pez negra y cola de carpintero, mezcló los tres ingredientes en proporciones iguales y embadurnó con la pasta obtenida toda la superficie del globo. Luego ató este último al cohete con una cuerda larga y voló hacia Tairia. Al encontrarse a una distancia suficiente del planeta, el profesor ocultó el cohete tras el borde de una nebulosa vecina y echó la cuerda con el cebo. Todo el plan estaba basado en la curiosidad invencible de las patatas. Al cabo de una hora de espera, un ligero temblor indicó que algo se estaba acercando. Tarantoga se asomó con prudencia y vio unas matas que se dirigían al globo agitando los tallos y moviendo lentamente los bulbos; por lo visto, tomaron el globo por un planeta desconocido. Momentos después, rezumando confianza, se posaron sobre él y quedaron adheridas por el pegamento a su superficie. El profesor arrastró rápidamente la cuerda, la ató a la cola del cohete y arrancó velozmente hacia Látrida.

El valiente investigador fue acogido con un entusiasmo indescriptible. Las patatas fueron encerradas en una jaula junto con el globo y expuestas a la vista del público. Locas de rabia y pánico azotaban el aire con los tallos y pateaban con las raíces, lo que, evidentemente, no les sirvió de nada.

Cuando al día siguiente el Docto Colegio se presentó en casa de Tarantoga para entregarle un diploma de honor y la gran medalla del mérito, el profesor ya no estaba. Terminada su obra, se había marchado de noche en una dirección desconocida.

Yo sé muy bien lo que le hizo marchar tan repentinamente. Tarantoga tenía prisa porque nueve días después había de encontrarse conmigo en Coerulea. Yo, por mi parte, en aquel mismo momento volaba a toda velocidad hacia el planeta convenido desde la punta opuesta de la Vía Láctea. Teníamos proyectado emprender juntos una expedición a un rincón de la galaxia todavía sin explorar, que se extendía detrás de una oscura nebulosa de Orión. No nos conocíamos aún personalmente el profesor y yo; deseoso de ganarme la opinión de ser hombre de palabra y puntualidad, exprimía toda la fuerza del motor. Por desgracia, como ocurre con frecuencia cuando más prisa tenemos, un incidente imprevisible lo estropeó todo. Un pequeño meteorito perforó el tanque de combustible, se metió en el tubo de escape y lo atascó definitivamente. Sin pensármelo mucho, me puse la escafandra, cogí una buena linterna y las herramientas y salí fuera de la cabina. Al sacar el meteorito con una pinza di involuntariamente un empujón a la linterna, que se alejó bastante y empezó a navegar en

solitario por el espacio. Obturé el agujero del tanque y volví al camarote. No pude ir en pos de la linterna, porque había perdido casi toda mi provisión de combustible. Me quedaba tan poco, que a duras penas llegué al planeta más próximo, el Procitio.

Los procitas son unos seres racionales, muy parecidos a nosotros. La única diferencia, de escasa importancia, consiste en la forma de las piernas. Las suyas llegan solamente a la rodilla; más abajo tienen unas ruedas, no artificiales, sino de carne y hueso. Se mueven sobre ellas con gracia y ligereza, como los artistas de circo montados en monociclos. Poseen conocimientos muy extensos: lo que más les apasiona es la astronomía. El estudio de las estrellas está tan generalizado entre ellos que ningún ser humano, sea joven o viejo, sale a la calle sin su telescopio de bolsillo. Se sirven exclusivamente de relojes de sol; el sacar en público un reloj mecánico se considera un serio agravio a la moral. Los habitantes de Procitio disponen igualmente de numerosos ingenios civilizatorios. Mi primera estancia en aquel planeta me dejó un recuerdo significativo de ello. Invitado a un banquete organizado en honor del viejo Maratilitec, astrónomo procita de gran renombre, trabé conversación con el agasajado sobre un tema perteneciente a esta disciplina. Las opiniones del profesor eran diametralmente opuestas a las mías, el tono de la discusión subía, volviéndose cada vez más violento, el anciano clavaba en mí miradas llameantes de ira; parecía que iba a estallar perdiendo el dominio de sí mismo. De pronto se levantó y abandonó la sala. Cinco minutos después volvió a sentarse a mi lado, cortés, sonriente y tranquilo como un niño. Intrigado pregunté más tarde a uno de los presentes a qué se debía el milagroso cambio de humor del profesor.

—¿Te extraña? —contestó el procita—. El profesor usó un locopodio.

—¿Qué es esto?

—El nombre del establecimiento viene a decir más o menos «sitio donde se pueden cometer todas las locuras». El individuo embargado por exceso de cólera, o irritado por alguien, entra en una especie de celda tapizada con colchones de corcho y da rienda suelta a sus sentimientos.

Aterrizando esta vez en Procitio, vi, todavía en el aire, las calles repletas de gentío que agitaba banderitas y prorrumpía en alegres gritos. Dejé mi cohete al cuidado de los mecánicos y me trasladé a la ciudad, donde me enteré de que toda la población estaba celebrando el descubrimiento de una estrella nueva aparecida en el cielo la noche anterior. Acogí la noticia con un poquito de recelo, y cuando Maratilitec, después de saludarme efusivamente, me invitó a mirar por su potente refractor, comprendí al instante de pegar el ojo al objetivo que la supuesta estrella era, simplemente, mi linterna abandonada en el espacio. En vez de decírselo a los procitas, decidí, un poco a la ligera, jugar a ser mejor astrónomo que ellos. Calculé mentalmente el tiempo de duración de la pila y manifesté en voz alta a los presentes que la nueva estrella iba a emitir luz blanca durante seis horas, luego su brillo se volvería amarillento, rojizo y finalmente se apagaría del todo. Mi predicción fue acogida con una desconfianza general; Maratilitec, con el genio vivo que le era propio, exclamó que si esto ocurría, se comprometía a comerse sus propias barbas.

La estrella empezó a palidecer en el momento previsto por mí; cuando volví al observatorio por la noche encontré un grupo de ayudantes del profesor, muy preocupados, que me dijeron que Maratilitec, herido profundamente en su orgullo, se había encerrado en su despacho para cumplir su imprudente promesa. Temiendo por su salud, traté de hablarle a través de la puerta cerrada, pero fue inútil. Pegué el oído al ojo de la cerradura y, en efecto, oí unos sonidos que confirmaban las palabras

de los ayudantes. Muy confundido; escribí una carta explicativa, la di a los jóvenes con el ruego de entregarla al profesor inmediatamente después de mi partida, y corrí al aeródromo lo más rápidamente que pude. Tenía que actuar de este modo, ya que no estaba seguro de que al profesor le diese tiempo de usar un locopodio antes de verme.

Abandoné Procitio a la una de la noche con tanta premura que me olvidé completamente del combustible. A un millón de kilómetros del planeta más o menos, los motores quedaron a secas y yo me convertí en un naufrago cósmico, tripulando una nave a la deriva en el espacio. Faltaban solamente tres días para la fecha de mi encuentro con Tarantoga.

Coerulea brillaba en el cielo, bien visible a través de la ventana a la escasa distancia de unos trescientos millones de kilómetros; pero yo sólo podía contemplarla de lejos, rabiando. ¡Qué graves consecuencias pueden tener hechos insignificantes!

Llevaba una hora vagando sin rumbo cuando advertí un planeta que se acercaba lentamente; la nave, sometida pasivamente a su fuerza de gravitación, iba aumentando de velocidad, terminando por correr vertiginosamente. Puse buena cara al mal tiempo y me instalé en los controles. El planeta era bastante pequeño, desértico, pero acogedor: observé que tenía oasis con calefacción volcánica y agua corriente. Había muchos volcanes; todos echaban fuego y columnas de humo. Volando ya en la atmósfera, maniobraba con los controles, procurando disminuir la velocidad como podía, pero sabía que la caída era inevitable. De repente, al sobrevolar un grupo de volcanes, se me ocurrió una idea atrevida. La sopesé en un abrir y cerrar de ojos y, tomando una decisión locamente arriesgada, dirigí la proa de la nave hacia abajo y caí como un rayo directamente en el precipicio ígneo del mayor de los cráteres. En el último momento, cuando su garganta incandescente iba a tragarme, di un hábil golpe de timón, volviéndome de proa hacia arriba, y en esta posición me hundí en el llameante mar de lava.

Corrí un riesgo enorme, pero no había otra solución. Esperaba que el volcán, cosquilleado por el violento golpe del cohete, reaccionara con una erupción, y no me había equivocado. Se dejó oír un trueno que hizo chirriar las paredes de la nave, y una columna de fuego, lava, ceniza y humo, de varios kilómetros de altura, me propulsó hacia el cielo. Manejé los controles de manera de entrar en la trayectoria directa a Coerulea, lo que me salió impecablemente.

Tres días más tarde me encontraba en aquel planeta, apenas veinte minutos después de la hora prevista. Sin embargo, no encontré a Tarantoga; se había marchado, dejándome una carta en la lista de correos.

Querido colega —me decía—, las circunstancias me obligan a marcharme inmediatamente, le propongo, pues, que nos encontremos ya en el terreno de nuestras futuras investigaciones. Puesto que en aquellas regiones las estrellas carecen de nombres, le doy aquí datos para su orientación: vaya en línea recta, pasado el sol azul gire a la izquierda. Luego de pasar el otro, anaranjado, gire a la derecha; habrá allí cuatro planetas: nos veremos en el tercero, contando desde el lado izquierdo. ¡Le esperaré!

Suyo afmo.,  
TARANTOGA

Me proveí de combustible y arranqué al anochecer. Recorrí el camino en una semana. Al penetrar en las regiones desconocidas encontré sin dificultad las estrellas correspondientes; siguiendo estrictamente las indicaciones del profesor, encontré en la mañana del día siguiente el planeta señalado. El macizo globo estaba cubierto de una tupida capa verde y esponjosa: eran enormes selvas tropicales. El panorama me desconcertó un poco; me preguntaba cómo me las arreglaría para encontrar a Tarantoga en aquellas espesuras. Sin embargo, contaba con su ingenio y no me decepcionó. Acercándome en vuelo recto al planeta, a las once de la mañana vi en su hemisferio norte unas líneas borrosas que me cortaron la respiración.

Siempre repito a los jóvenes astronautas ingenuos: desconfiad si alguien os dice que al aproximarse a un planeta leyó su nombre; es un viejo chiste cósmico. Esta vez, no obstante, me vi refutado, ya que sobre el fondo verde de los bosques se dibujaban distintamente las palabras:

¡No pude esperar! Encuentro en el planeta siguiente.

TARANTOGA

Cada letra tenía un kilómetro por lo menos, de otro modo no las hubiera podido ver de tan lejos. No cabiendo en mí de estupefacción y curiosidad con respecto a cómo el profesor había logrado trazar ese escrito gigantesco, reduje la altura del vuelo y observé que las líneas de las letras formaban una especie de anchas calles de árboles aplastados y derrumbados, que se destacaban limpiamente sobre el terreno intacto.

Sin haber esclarecido el enigma, volé conforme a la indicación hacia el planeta siguiente, habitado y civilizado, en cuyo aeropuerto me posé a primera hora del anochecer. Pregunté, en vano, por Tarantoga; esta vez también me esperaba, en vez de él, una carta suya.

Querido colega —me decía—, le pido mil perdones por la decepción que le estoy causando, pero, debido a un asunto familiar imposible de aplazar, debo, por desgracia, volver inmediatamente a casa. Para mitigar un poco su desilusión, le dejo en las oficinas del aeropuerto un paquete. Recójalo, se lo ruego; contiene el fruto de mis estudios más recientes. Estoy seguro de que le tengo intrigado sobre el procedimiento usado para dejarle en el planeta anterior un mensaje escrito; fue muy sencillo. Aquel globo vive una época correspondiente al período carbonífero de la Tierra, estando habitado por enormes saurios; entre otros vive allí el colosal atlantosaurio, de cuarenta metros de longitud. Después de aterrizar en el planeta me arrastré con sigilo hacia una gran manada de estos animales y los excité para que me atacaran. Eché a correr velozmente a través del bosque, procurando dar a la pista de mi huida la forma del trazado de las letras. Los atlantosaurios, galopando tras de mí, derribaban todos los árboles que tenían delante. Se formó así una avenida de ochenta metros de anchura. Fue sencillo, como acabo de decirle, pero bastante fatigoso, ya que tuve que correr más de treinta kilómetros, y aprisa.

Lamento sinceramente que tampoco esta vez podamos conocernos personalmente, estrecho su valiente mano y le expreso mi más alta estima por sus virtudes y arrojo.

P. S. Le recomiendo expresamente que vaya esta noche al concierto. Es buenísimo.

Recogí en la oficina el paquete que me esperaba, lo hice mandar al hotel y me fui a la ciudad, que ofrecía un aspecto bastante curioso. El planeta gira con tanta rapidez que los días y las noches se suceden cada hora. Este fenómeno origina una fuerza centrífuga debido a la cual una plomada suspendida libremente no es perpendicular al suelo como ocurre en la Tierra, sino que forma con él un ángulo de 45°. Todas las casas, muros, torres..., en fin, todas las edificaciones se construyen, por tanto, con una inclinación de 45°, respecto al horizontal, lo que presenta para el ojo humano un espectáculo más bien insólito. En un lado de la calle las casas parecen querer echarse de espaldas al suelo, y, las del otro, cuelgan encima de aquéllas. Los habitantes del planeta, para no caerse, tienen, gracias a la adaptación natural, una pierna más corta que la otra; el terrestre no puede andar si no encoge continuamente una de sus extremidades inferiores, lo que, a la larga, incomoda y cansa mucho. Anduve, pues, tan lentamente que cuando llegué a la sala de conciertos estaban cerrando ya las puertas. Por fortuna pude comprar todavía una entrada y meterme dentro.

Apenas me hube sentado, el director dio unos golpecitos con la batuta y en la sala reinó el silencio. Los miembros de la orquesta se movían acompasadamente, tocando unos instrumentos desconocidos para mí, una especie de trompetas con embudos agujereados como los de las regaderas. El director levantaba con énfasis las extremidades anteriores o las extendía como diciendo «*piano*», pero yo, con gran sorpresa mía, no percibía el menor sonido. Mirando de soslayo a mis vecinos veía sus caras llenas de éxtasis, lo que me turbó e inquietó más todavía. Traté de destaponarme disimuladamente los oídos, pero sin resultado. Al fin, creyendo que me había vuelto sordo, di unos golpecitos uña contra uña y oí perfectamente el levísimo chasquido. Esperé el final de la pieza sin saber qué pensar de todo ello, sin comprender las manifestaciones generales de satisfacción estética del público. Sonó una salva de aplausos; el director se inclinó, volvió a golpear el atril, la orquesta empezó a ejecutar la siguiente parte de la sinfonía. Todos a mi alrededor estaban encantados; muchas personas aspiraban profundamente por la nariz, lo que yo tomaba por señales de una gran emoción. Vino el tormentoso *finale*, cuyo brío yo sólo podía apreciar por la violencia de los gestos del director y por las gotas de sudor que resbalaban por las frentes de los músicos. Tronó otra salva de aplausos. Mi vecino se dirigió a mí con unas palabras de admiración por la sinfonía y sus ejecutantes. En contestación gruñí algo sin ton ni son y, completamente desconcertado, me escapé a la calle.

Estaba ya a unos cuantos pasos del edificio, cuando tuve la corazonada de echar un vistazo a su fachada que, como las demás, estaba inclinada en ángulo agudo con el suelo. Había en ella un letrero de gran tamaño que decía *Olfactorium Municipal*, y, más abajo, carteles con el programa, donde leí:

SINFONÍA ALMIZCLEÑA

de ODONTRON

I Preludium Odoratum

II Allegro Aromatoso



III Andante Olens  
*Dirige*  
en carácter de invitado  
el famoso nasista  
HRANTR

Solté un taco, di media vuelta y me fui al hotel. No podía echar la culpa a Tarantoga por haberme perdido un goce estético, puesto que el profesor ignoraba que me molestaba todavía el constipado que había cogido en Satellina.

Para compensar mi decepción, al llegar al hotel abrí en seguida el paquete. Había en él una cámara de cine sonoro, una bobina de película y la siguiente carta:

Mi querido colega:

Recordará usted sin duda nuestra conversación telefónica mientras estuvimos usted en la Osa Menor y yo en la Mayor. Le dije entonces que admitía la posibilidad de existencia de unos seres capaces de vivir a temperaturas elevadas sobre planetas calientes, semilíquidos, y que me proponía emprender las investigaciones correspondientes. Usted tuvo a bien expresar su duda acerca del éxito de una empresa parecida. Aquí tiene unas pruebas. Seleccioné un planeta ígneo, hice llegar mi cohete a una distancia relativamente pequeña y bajé, atados de una larga cuerda de amianto, una cámara de filmar refractaria a la combustión y un micrófono. Obtuve de este modo varias imágenes de gran interés. Me permito adjuntar a esta carta una pequeña muestra de ellas.

Suyo,  
TARANTOGA

Me acuciaba tanto el deseo de verlas que apenas terminada la lectura de la carta introduje la película en la cámara, suspendí encima de la puerta una sábana arrancada de la cama, apagué la luz y puse el proyector en marcha. En los primeros momentos sólo se veían en la improvisada pantalla unas temblorosas manchas de luz; a mis oídos llegaban roncós sonidos y crepitaciones semejantes a los chasquidos de la leña que arde, luego la imagen se hizo más clara.

El sol se ponía tras el horizonte. La superficie del océano temblaba; corrían sobre ella unas llamitas azuladas. Unas nubes de color de fuego iban volviéndose más pálidas y la oscuridad aumentaba. Aparecían las primeras estrellas de débil resplandor. El joven Cralocio, fatigado por todo un día de trabajo, salió de su torrilla para disfrutar de un paseo. No tenía ninguna prisa; moviendo acompasadamente sus chirriazos inspiraba con deleite los frescos y aromáticos tufos de amoniaco caliente. Alguien se le acercó, apenas visible en las crecientes tinieblas. Cralocio agudizó el bulfato, pero sólo reconoció al amigo cuando lo tuvo junto a él.

—Qué noche tan bonita, ¿verdad? —dijo Cralocio. Su amigo pasó el peso de su cuerpo de un ambollo a otro, asomó a medias del fuego y repuso:

—Preciosa. El salmiac crece extraordinariamente este año, ¿sabes?

—Sí, sí, parece que tendremos buenas cosechas.

Cralocio se mecía con pereza, se giró sobre la barriga, abrió todas sus mirillas y fijó la vista en las estrellas.

—¿Sabes, chico? —dijo al cabo de un rato—, cada vez que miro el cielo como ahora, no puedo quitarme de encima la idea de que allá lejos, muy lejos, hay otros mundos parecidos al nuestro, habitados también por seres racionales...

—¿Quién habla aquí de la razón? —exclamó una voz cerca de ellos.

Ambos jóvenes se volvieron de espaldas hacia aquel lado para reconocer al recién llegado y vieron la silueta nudosa, pero todavía fuerte, de Flamento. El anciano sabio se les acercó con movimientos majestuosos; su futura descendencia, semejante a racimos de uva, se hinchaba ya y sacaba los primeros brotes sobre sus anchos hombros.

—Estaba hablando de seres racionales que habitan otros mundos... —contestó Cralocio, levantando los lustos en un saludo lleno de respeto.

—¿Cralocio habla de unos seres racionales de otros mundos...? —dijo el sabio—. ¡Vaya, vaya! ¡De otros mundos!! ¡Ay, este Cralocio, este Cralocio! ¿Qué haces, jovencito? ¿Das rienda suelta a la fantasía? Bueno... de acuerdo, en una noche tan bonita... Aunque ha refrescado mucho, ¿no lo notáis?

—No —contestaron a la vez ambos jóvenes.

—Claro, claro, el fuego joven, ya lo sé. Sin embargo, en este momento no estamos a más de ochocientos sesenta grados; hubiera debido ponerme una capa con doble forro de lava. Qué le vamos a hacer, es la vejez. Así tú dices —volvió al tema dando la espalda a Cralocio— que en otros mundos existen seres racionales. ¿Y qué clase de seres, según tu opinión?

—No se puede saber con certeza —contestó tímidamente el muchacho—. Creo que hay varios. He oído decir que en los planetas más fríos podían aparecer organismos de una sustancia llamada albúmina.

—¿Quién te lo ha dicho? —gritó con ira Flamento.

—Implosio. Es aquel joven estudiante de bioquímica, quien...

—¡El joven imbécil, querrás decir! —le espetó duramente Flamento—. ¿La vida en base a la albúmina? ¿Los seres vivos hechos de albúmina? ¿No te da vergüenza pronunciar estos absurdos en la presencia de tu profesor? ¡He aquí los frutos de la ignorancia y suficiencia que se extienden hoy día de manera pavorosa! ¿Sabes lo que merece tu Implosio? ¡Que se le rocíe con agua, sí, señor!

—Pero, honorable Flamento —se atrevió a decir el amigo de Cralocio—, ¿por qué amenazas con tan terribles torturas a Implosio? ¿No podrías decirnos qué aspecto tendrían los seres de otros planetas? ¿No tienen, acaso, una postura vertical y no se desplazan sobre las llamadas piernas?

—¿Quién te lo ha dicho?

Cralocio callaba, asustado.

—Implosio... —murmuró su amigo.

—¡Dejadme de una vez en paz con vuestro Implosio y sus divagaciones! —gritó el sabio—. ¡Piernas! ¡No faltaría más! ¡Como si yo no hubiera demostrado matemáticamente hace más de veinticinco llamas que un ser bípedo, colocado verticalmente, tenía que caerse inevitablemente al suelo! ¡Incluso hice un modelo y un diagrama, pero vosotros, claro, no sabéis nada de eso, holgazanes que sois! ¿Qué aspecto tienen los seres racionales de otros mundos? No os lo diré, reflexionad vosotros mismos, aprended a pensar. En primer lugar, deben tener órganos para la

asimilación del amoníaco, ¿no os parece? ¿Y qué órgano lo haría mejor que los chirriazos? ¿No tienen que moverse en un medio asaz resistente, asaz cálido, como el nuestro? ¿Verdad que sí? ¡Ya lo veis! ¿Y con qué han de hacerlo si no con ambollos? También sus órganos sensoriales: mirillas, luspas y cutras deben parecerse a los nuestros. Y no solamente su cuerpo tiene que ser parecido al nuestro, sino también su modo general de vida. No hay quien niegue que la quintuplia constituye la célula básica de nuestra vida familiar. ¡Trata de imaginar algo diferente, fantasea como quieras, yo te garantizo que fracasará! Es así, puesto que para dar vida a una descendencia tiene que haber la unión de Dada, Gaga, Mama, Fafa y Haha. De nada sirven simpatías, proyectos y ensueños, si falta el representante de uno de esos cinco sexos. En tal caso, a la triste situación que por desgracia ocurre a veces en la vida, le damos el nombre de drama de cuatrilla, o sea, el amor desafortunado... Así pues, como veis, si razonamos sin prejuicios, apoyándonos exclusivamente en los hechos científicos, si nos servimos del método de precisión de la lógica procediendo fría y objetivamente, llegamos a la conclusión incontestable de que cada ser racional tiene que parecerse a un quintuplo... Sí. Bueno, os he convencido, supongo.